

Historia y actualidad de la violencia política en América Latina

Raquel Sosa Elízaga

Durante las llamadas transiciones democráticas que vivió nuestro subcontinente a inicios de los ochenta, la corriente dominante de los "renovadores" de las ciencias sociales latinoamericanas pretendió imponer, entre otras, la noción de que la violencia política y el terrorismo estatal padecidos por buena parte de los países de la región durante la década anterior habían sido producto de la irracionalidad de unos cuantos; que no constituían, en la mayoría de las sociedades que los sufrieron, sino una alteración inaceptable, necesariamente temporal y ajena a los fundamentos del orden público. Los "renovadores" se empeñaron en circunscribir la violencia estructural a la historia centroamericana, mientras que buscaron demostrar que tanto en Chile, como en Argentina y Uruguay, las dictaduras habían sido sólo "episodios" trágicos, enfrentamientos

Resumen

La historia y la sociología han hecho considerables aportaciones al estudio de la violencia política. La más importante de ellas es la consideración de que existen reglas precisas que determinan la posibilidad, en general remota, de que una colectividad realice movimientos que tiendan a la ruptura del orden institucional: la incapacidad de un gobierno de garantizar el orden y la seguridad; su ineficacia para establecer una mínima distribución de los bienes en las condiciones requeridas por la división del trabajo; y la pérdida de un equilibrio necesario entre los actos de la autoridad y los requerimientos de la mayoría. En América Latina, a estas condiciones se sobrepone una generalizada precariedad institucional debida al dominio de oligarquías dependientes de sus relaciones con el exterior, y un autoritarismo militar que actúa como eje del control político.

Ello resulta en formas de terrorismo estatal que imprimen un sello característico a una violencia política que es básicamente preventiva y represiva cuando se organiza desde el Estado, y esencialmente defensiva, cuando procede del campo popular.

Abstract

History and sociology have made considerable contributions to the study of political violence, the most important of which is to consider the existence of precise rules that determine the generally remote possibility of a collectivity moving towards the breaking of institutional order: the incapacity of a government to guarantee order and security; its inefficiency to establish a minimum distribution of goods required by the division of labor; and the loss of a necessary equilibrium between the acts of authority and the needs of the majority. In Latin America, these conditions are aggravated by a generalized institutional fragility due to the domination of externally dependent oligarchies, and to a military authoritarian that acts as the organizer of political control. This results in characteristic forms of state terrorism that rule over political violence, which will be basically preventive and repressive, when proceeding from the government, while essentially defensive, when proceeding from the popular grounds.

Estudios Latinoamericanos, núm. 3, Nueva Época, enero-junio, 1995.

entre grupos "fundamentalistas", contrarios al sentimiento mayoritario y rebasados por ello en un plazo obligadamente breve.¹

Las ciencias sociales latinoamericanas se vieron, así, literalmente invadidas por el subjetivismo y el politicismo, que asumían que la frustración, el resentimiento y la incompreensión entre los sujetos sociales son determinantes para inducir enfrentamientos sociales de altos costos. Así lo expresaba, por ejemplo, Norbert Lechner cuando afirmaba:

¿Por qué la lucha tiene que ser a muerte? Hay que enfrentar al Otro, no para aniquilarlo sino para asumir la diferencia y así, reconociendo al Otro, poder reconocerse a sí mismo. A través del conflicto reconozco la libertad del Otro como condición de la propia libertad. Sin esa reciprocidad la subjetivación queda mutilada, asfixiada. Bueno, prefiero leer... una frase del rey Juan Carlos, que leí recientemente: "Podemos discutir apasionadamente, pero de forma correcta y civilizada, nuestros criterios dispares sobre la forma de alcanzar ese bien para nuestra patria. Porque lo que no resulta admisible, ni eficaz, ni patriótico, es dar la sensación de que nos congratulamos de las desgracias que a España perjudican, por el hecho de que ocurran bajo el mandato político de aquellos con cuyas ideas no se coincide en un momento dado". Desearía esa generosidad también entre nosotros.²

La proyección del subjetivismo al pasado de nuestras sociedades llevó a éstos y otros "renovadores" a intentar una reconstrucción de la historia latinoamericana —y en especial de sus coyunturas de crisis social y política— que alcanzó a plasmarse en los libros escolares de niveles básicos de Chile, Perú, Venezuela, Colombia, Ecuador, Argentina, Guatemala y, señaladamente, México.³ Se

¹ Cf. Alvaro Rico, "La recuperación del liberalismo por el discurso desde el Estado en el Uruguay posdictatorial"; Carlos B. Muñoz, "El contexto axiomático y la metodología del análisis del discurso autoritario uruguayo"; Augusto Varas, "Democratización y relaciones cívico-militares en América Latina"; Manuel Antonio Garretón, "La oposición política al régimen militar chileno. El proceso de aprendizaje para la transición"; Juan Carlos Portantiero, "La reforma del Estado en la transición democrática", ponencias presentadas en el XVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología, Montevideo, 1988. Recuérdese el análisis crítico que al respecto presentó en el mismo evento Agustín Cueva, una versión escrita del cual es "Sobre exilios y reinos (Notas críticas sobre la evolución de la sociología sudamericana)", *Estudios Latinoamericanos*, México, CELAUNAM, núm. 4, enero-junio de 1988.

² Norbert Lechner, *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1986, p. 13.

³ Cf. Colloque International de l'Association Française des Sciences Sociales sur l'Amérique Latine, Les Enjeux de la Mémoire, l'Amérique Latine à la Croisée du Cinquième Centenaire, ¿Commemorer ou Rememorer?, París, diciembre 1-3, 1992. En especial, los trabajos de Mónica Quijada, "De la colonia a la República: inclusión, exclusión y memoria histórica en el Perú"; Enrique Florescano, "México: la memoria de la nación independiente"; Eduardo Muñoz, "La critique au libéralisme politique lors du centenaire de

trataba allí de mostrar que, a diferencia de lo señalado por historiadores latinoamericanos contemporáneos como Tulio Halperin Donghi –heredero de una larga tradición de investigación que identifica al colonialismo como causa histórica fundamental de la violencia–⁴ nuestra región ha sido pacífica y armónicamente poblada por blancos, indios y mestizos, “colonos” extranjeros que han aportado progreso y nativos agradecidos, quienes no han podido escapar a episodios de conflicto y choque provocados por la pasión y la irracionalidad de algunos sujetos o grupos, cuyos enconos han sido siempre superados en beneficio del bien común y de un patriotismo “sin sentido”.⁵

Estudios de gran minuciosidad historiográfica, como los producidos por Alan Knight y François Xavier Guerra, contribuyeron circunstancialmente a la consolidación de esa corriente en México al intentar mostrar, el primero, que no hubo en la revolución mexicana sino agravios locales y regionales que estallaron simultáneamente, ninguno de los cuales cuestionaba a fondo, por ejemplo, el intervencionismo norteamericano; mientras que el segundo atribuía al desgaste ideológico, discursivo y hasta físico de una generación (la de los porfirianos), la crisis política que dio origen a la misma revolución.⁶ Mención aparte merece en ese sentido la perspectiva de Enrique Krauze, quien en sus ocho *Biografías del poder* recogió las frustraciones, prejuicios, pasiones, iras e irracionalidades de los principales dirigentes del periodo revolucionario para explicar con ellos las orientaciones que siguieron sus actuaciones públicas y el destino del país.⁷

En la América Latina contemporánea, sin embargo, el reino de las buenas voluntades, de las subjetividades efímeras y de la armonía deseada llegó a un rápido fin con la evaluación de los resultados de la “década perdida”. Cientos de miles de muertos, desplazados, refugiados, presos o desaparecidos se sumaron a los millones de pobres y extremadamente pobres para decirnos a todos que eso que había ocurrido en nuestra región no era un simple producto de la pasión o incompreensión de unos cuantos, sino la condición objetiva de la

l'indépendance du Chili et la révision de l'imaginaire national”; Rodolfo de Roux, “Mémoire patriotique et modelation du futur citoyen (Vénézuéla, Colombie, Equateur, Pérou)”; Jean Piel, “Mémoire des origines ou pressentiment d'absence de futur?: le cas du Guatemala”; y Diana Quattrocchi-Woison, “Le modelage historique de la mémoire nationale argentine: une identité brisée”.

⁴ Cf. Tulio Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza Editorial, 1969; Carlos Pereyra, *Breve historia de América, México*, Ed. Patria, 1982 (séptima edición, siendo la primera de 1920).

⁵ En nuestro país, semejante programa de “modernización educativa” incluyó modificaciones a la Constitución (artículo 3o) y la edición de dos series de textos de educación básica en materia de historia, que luego de un enconado debate terminaron guardados en una bodega.

⁶ Alan Knight, *The mexican revolution*, Cambridge University Press, 2 vols, 1986; François Xavier Guerra, *Del antiguo régimen a la revolución*, 2 vols., México, Fondo de Cultura Económica, 1988.

⁷ Enrique Krauze, *Biografías del poder*, 8 tomos, México, Fondo de Cultura Económica, 1987-1988.

implantación de profundas transformaciones económicas y sociales, con el recurso de la mayor violencia imaginable.

La violencia, lenguaje y medio usual de las relaciones entre sujetos políticos desiguales, constituye, así, un asunto de extremo interés para quienes se interesan por comprender la realidad social de nuestro subcontinente. Es por ello que en esta reflexión sobre lo producido en la historiografía latinoamericana de los últimos años deseamos recordar –más que el número de los textos producidos– el método y las preguntas que se han hecho colegas de otras latitudes y los nuestros para entender tanto las razones como los alcances de esta manifestación extrema del descontento en las condiciones de vida, la experiencia y la memoria de grandes colectividades.

Las reglas de la violencia

En una serie de ensayos publicados en español en el año de 1978, el historiador inglés Eric Hobsbawm señaló que la coexistencia entre tranquilidad y violencia en las sociedades contemporáneas vuelve indiscernible para muchos las diferencias en grado y tipo de cualquier alteración del orden y conduce a estigmatizar toda expresión de violencia –sobre todo si procede del campo popular– como indeseable. La despersonalización de la violencia, propia de la era liberal, tiende a diluir sus objetivos y formas ante los no directamente involucrados en ella, mientras que la torna más brutal y directa para quienes la sufren. Esta es la distancia que separa a quien observa en un noticiero los bombardeos a poblaciones civiles de quien los vive, o la que hace incomprendible para quien estudia las transformaciones de un sistema político, el sufrimiento de quien ha perdido a uno de sus familiares o la tranquilidad en su propio hogar como resultado del terror gubernamental. Así, en contra de quienes asumen que las sociedades civilizadas han superado aquellas fases de barbarie que implica la aplicación de una violencia “sin ley”, Hobsbawm afirma que:

Es posible que las viejas formas de violencia estén en alza, porque los sistemas establecidos para mantener el orden público creados durante la era liberal que se ven sometidos a esfuerzos crecientes y ciertas formas de violencia política, como la acción física directa, el terrorismo y otras por el estilo, son más frecuentes que en el pasado. El nerviosismo y desaliño de las autoridades públicas y el resurgimiento de los guardias de seguridad en las empresas privadas y de los movimientos de defensa civil son casos evidentes. Ya han llevado a un cierto redescubrimiento de la violencia controlada, como en el retorno de tantas fuerzas de policía a un curioso medievalismo –yelmos, escudos, armaduras y todo lo demás– y al uso de varios gases temporalmente

paralizantes, balas de goma, etcétera, todo lo cual refleja el punto de vista, muy sensato, de que hay varios grados de violencia necesaria o deseable en una sociedad... Por otra parte, las propias autoridades públicas se han acostumbrado a usar ciertas formas terroríficas de violencia, especialmente la tortura, que hasta hace unas décadas se consideraban bárbaras y enteramente inaceptables en sociedades civilizadas, mientras que una opinión pública "respetable" reclama históricamente la aplicación de un terror generalizado.⁸

El historiador inglés tenía presente la represión contra los movimientos estudiantiles en Europa y los Estados Unidos a fines de los años sesenta, pero también el surgimiento de movimientos neonazis, que se convirtieron en una pesadilla para aquellas sociedades a fines de los ochenta. Mostró cómo la aplicación del terror estatal sería considerada aceptable para la mayor parte de la población siempre que se exagerara la amenaza que representa cualquier enemigo del "orden". Este sería combatido por el solo hecho de conducirse de modo diverso a los patrones aceptados por la mayoría, y su derrota resultaría en la consolidación del poder establecido. La violencia estatal se tornó por esta vía en instrumento de legitimidad y de hegemonía.

Hobsbawm llama la atención sobre un hecho que sería recuperado por un investigador de la violencia y los derechos humanos en América Latina, diez años después: la inversión moral que supone la aplicación de políticas de derechos humanos en los regímenes de seguridad nacional. La inviolabilidad del derecho a la vida tendría como limitante la violación de presuntos o potenciales "violadores" del orden que impusieron: se convirtió, así, en justificación de la violación de derechos de otros, en primer lugar, de sus opositores, pero enseguida, de todos aquellos que sin saberlo —a veces por el solo hecho de vivir— obstruyeran la realización de su voluntad.

De acuerdo con Franz Hinkelammert, la "demonización" del enemigo político se constituyó en plataforma para la ejecución de un inmenso programa represivo por parte de las dictaduras militares de los años setenta, y constituye aún hoy el sustento principal de la lucha contra las imposiciones del "libre mercado" y del "ajuste estructural" que conoció toda la región en los años ochenta. Es preciso reconocer, por ello, que detrás de los estallidos de violencia política que atestiguamos durante esos años, se esconde un territorio profundo, aún poco estudiado, de una reconversión capitalista cuyos beneficiarios son ajenos por completo al presunto "orden deseado" por Lechner: narcotraficantes, especu-

⁸ Eric Hobsbawm, *Revolucionarios, ensayos contemporáneos*, Barcelona, Colección Demos-Editorial Ariel, 1978, pp. 298 y 299.

ladores, vendedores de armas y nuevos agroexportadores, quienes suelen aparecer como testigos neutros de las guerras, la represión y los aparatos de inteligencia política y militar de las dictaduras y dictablandas latinoamericanas.

Por esta razón, constituye un asunto de la mayor importancia el escudriñar en la violencia visible la presencia de intereses y fuerzas económicos, sociales y políticos que permitan explicar motivos, formas y resultados de una confrontación que suele ser extremadamente desigual. Más allá de las declaraciones programáticas, de los discursos y de las intenciones explícitas, nuestra tarea como historiadores debe ser analizar los efectos deseados y no deseados (no-intencionales, los llama Hinkelammert) de movimientos que resultan en transformaciones sociales profundas, como los que vivió nuestra América Latina en los últimos años, aunque (o tal vez precisamente porque) éstas no beneficien, como algunos de sus protagonistas pretendieron, a la mayoría de la población.

Injusticia y autoridad. Los secretos de la obediencia

Es posible, sin embargo, que la mayor sorpresa de quienes hemos estudiado la evolución de las sociedades latinoamericanas no haya sido, sin embargo, que estallen violentas expresiones de inconformidad, sino que se produzca una tan larga aceptación de la opresión y aun, como hemos visto en periodos recientes, que cuando se pone a los pueblos en la disyuntiva y con la opción limitada de elegir, sus preferencias no se dirijan naturalmente al cambio, sino a la continuidad o el restablecimiento del *statu quo*.

También en este punto resulta extremadamente útil y enriquecedor el conocimiento histórico aportado por quienes como Barrington Moore han realizado esfuerzos importantes por desentrañar los "códigos de autoridad y obediencia" tanto en sociedades próximas a la ruptura, como en aquellas que la evitan.

...para muchos seres humanos, sobre todo para aquellos que están en la base de la pirámide en las sociedades estratificadas, el orden social es algo bueno por su propio derecho, algo por lo que con frecuencia estarían dispuestos a sacrificar otros valores. Detestan la interferencia violenta y caprichosa de cualquiera sobre su vida diaria, ya sea si ella viene de bandoleros, fanáticos religiosos, políticos o agentes del poder. Por lo general la gente apoya, aunque en parte también le tema, a un líder político que le promete paz y orden, sobre todo cuando puede hacerlo bajo una bandera de legitimidad, según se le defina en ese tiempo y lugar.⁹

⁹ Barrington Moore, *La injusticia: bases sociales de la obediencia y la rebelión*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Sociales, 1989, p. 34.

La violencia suele ser, por ello, un recurso último para la ruptura de relaciones que, siendo injustas, garantizan cuando menos un espacio básico para la supervivencia colectiva.¹⁰ Lo que en América Latina hemos tenido más dificultad de comprender, pero que comenzó a hacerse evidente a partir de las sucesivas aprobaciones de leyes de "perdón y olvido" para los responsables de las masacres conosureñas de los años setenta, que se fortaleció con los triunfos electorales de Menem, Collor de Mello y Fujimori y se tornó dramático con la derrota electoral del Frente Sandinista, es que la restricción de opciones políticas impuesta por guerras internas produce en grandes sectores de las poblaciones de nuestro subcontinente el efecto contrario del que se suponía: no la apuesta por la continuación de la lucha hasta sus "últimas consecuencias", sino el restablecimiento de la paz, por más precaria que fuera.

Moore llama a los investigadores a descubrir la lógica profunda de este comportamiento. Y asume que

En cualquier sociedad estratificada... hay un conjunto de límites sobre lo que pueden hacer tanto quienes ponen las reglas como quienes las obedecen, es decir, los grupos dominantes y los subordinados. También hay un conjunto de obligaciones mutuas que unen a los dos. Estos límites y estas obligaciones no están establecidos en constituciones formales ni en contratos escritos...¹¹

Este código implícito se establece en, cuando menos, tres ámbitos diferenciados: el de la protección contra enemigos externos, del mantenimiento de la paz y el orden, y de las mínimas garantías para una seguridad material. Fundamentalmente en sociedades dominadas por un orden injusto, la medida de la rebelión suele ser la alteración profunda de uno de estos principios, pero no es en el vacío, sino en el contexto de relaciones sociales, tradiciones, valores y expectativas que puede quebrarse la legitimidad de una autoridad.

La experiencia de la exclusión: ¿nuevo código de gobernabilidad?

Llegados a este punto, se plantea un problema en extremo interesante: ¿cómo medir socialmente el grado en que se ha violado un código de convivencia colectivo? ¿A partir de qué punto puede afirmarse que se ha rebasado de manera

¹⁰ Al respecto, véanse los clásicos ensayos de Eric Hobsbawm, "Los campesinos y la política", y de Hamza Alavi, "Las clases campesinas y las lealtades primordiales", Barcelona, Anagrama, 1976. Y más recientemente, James C. Scott, *Domination and the arts of resistance, Hidden Transcripts*, Yale University Press, 1990.

¹¹ Barrington Moore, *op. cit.*, p. 30.

irreversible el límite de lo "tolerable"? La mayor parte de los autores tienden a establecer como criterio de permanencia de una normatividad el que la mayor parte de los miembros de una sociedad se encuentren en condiciones de inclusión en las obligaciones y beneficios que representa la vida en común. No obstante, existen condiciones en las cuales la mayoría de la sociedad está sujeta de uno u otro modo a normas que afectan severamente sus condiciones de vida, sin que alcancen a beneficiarla. Nos encontramos aquí con una situación anómala, en la que la exclusión mayoritaria crea condiciones permanentes de inestabilidad y de violencia, que no siempre son el prelude para la conformación de un orden efectivamente inclusivo.

Por ejemplo, la exclusión de importantes sectores de latinoamericanos de las contiendas que se han librado durante la reestructuración capitalista ha sido el mayor y más amenazante efecto no deseado, desde el punto de vista de la transformación democrática y progresiva de la sociedad. El mayor, porque ha hecho que millones de "ciudadanos" sobrevivan fuera de los controles y de los eventuales beneficios del mercado y del Estado; el más amenazante, porque la abstención política, la pérdida de legitimidad de partidos y gobiernos y el descrédito hacia toda promesa de un futuro mejor ponen en crisis los sistemas políticos tradicionales y los colocan en un estado de ingobernabilidad estructural, del que hasta ahora sólo se benefician quienes menos pueden aportar a la supervivencia y el bienestar colectivos.¹²

Es en este sentido que nos importa recordar las contribuciones de estudiosos latinoamericanos como Orlando Fals Borda, Julio Cotler, Anibal Quijano o Edelberto Torres Rivas, para quienes los grados y niveles de violencia presentes en las sociedades latinoamericanas han tenido un alto rango de funcionalidad en momentos críticos del desarrollo capitalista regional.¹³ En tales situaciones, el nivel de demandas acumuladas y la capacidad colectiva de responder a los embates del poder estatal suelen ser inversamente proporcionales a los desplie-

¹² Cf. Carlos Vilas, "El desarrollo desigual de las condiciones revolucionarias en Centroamérica (1950-1980)", en *Estudios Latinoamericanos*, México, CELAUNAM, núm. 5, julio-diciembre de 1988; y Carlos Figueroa Ibarra, "Crisis y modernización en Centroamérica", en *Estudios Latinoamericanos*, México, CELAUNAM, Nueva Época, núm. 1, enero-junio de 1994.

¹³ Cf. Edelberto Torres Rivas, *Centroamérica hoy*, México, Siglo XXI, 1975; y del mismo autor, "Centroamérica: democracias de baja intensidad", *Estudios Latinoamericanos*, México, CELAUNAM, vol. III, año 3, núm. 5, julio-diciembre de 1988; Orlando Fals Borda, *Colombia hoy*, México, Siglo XXI, 1975; Julio Cotler, "Estado oligárquico y reformismo militar", en Pablo González Casanova (coord.), *América Latina, historia de medio siglo*, México, Siglo XXI, 1979; del mismo autor, *Segmentación social, fragmentación política y cultura de la violencia en el Perú*, New York, Columbia University, 1990; Anibal Quijano, *Nacionalismo, neoimperialismo y militarismo en el Perú*, Buenos Aires, Ed. Periferia, 1971; y del mismo autor, "Discusión final" en *Siete ensayos sobre la violencia en el Perú*, Lima, Asociación Peruana de Estudios para la Paz, Fundación Friedrich Ebert, 1987.

gues represivos, lo que resulta en una tendencia permanente a la restricción de los derechos políticos de la mayoría y al establecimiento de regímenes económicos dominados por oligarquias. Del conocimiento histórico de nuestras sociedades debemos extraer enseñanzas para comprender al que parece como el más excluyente y violento ciclo de desarrollo capitalista: el actual, en el que más de la mitad de nuestras sociedades sobrevive en lógicas ajenas a las del mercado formal, y desarrolla comportamientos de resistencia y formas de relación básicamente distintos de los establecidos como normas para el sistema político, el fundamental de los cuales es la violencia.

Experiencia y horizonte de visibilidad: las condiciones de la violencia

El historiador inglés E. P. Thompson expuso hace más de veinte años los fundamentos de la que llamó *conciencia moral de la multitud*. Este complejo concepto se refiere a la carga de conocimientos y experiencias que llevan a las sociedades a adoptar determinados comportamientos en situaciones de crisis. Convencido de que no existe un modelo de análisis clasista válido para todas las sociedades y todas las situaciones históricas, Thompson afirmaba que

Las clases acaecen al vivir los hombres y las mujeres sus relaciones de producción y al experimentar sus situaciones determinantes, dentro "del conjunto de relaciones sociales", con una cultura y unas expectativas heredadas, y al modelar estas experiencias en formas culturales. De modo que, al final, ningún modelo puede proporcionarnos lo que debe ser la "verdadera" formación de clase en una determinada "etapa" del proceso. Ninguna formación de clase propiamente dicha de la historia es más verdadera o más real que otra, y cada clase se define a sí misma en su efectivo acontecer.¹⁴

Thompson llamaba la atención sobre la necesidad de encontrar la lógica subyacente en cada enfrentamiento social, a partir del conocimiento complejo de las formas de relación, antecedentes, expectativas y valores que determinan la orientación de los sujetos involucrados. Este autor rechazaba la pretensión de algunos historiadores de establecer normas de observación de los grupos y clases sociales de acuerdo a supuestos ajenos a los de su propia historia, lo que no implicaba —como algunos quisieron ver— que la historia de una clase fuera una mera suma de subjetividades efímeras.

A ello se refería también el sociólogo boliviano René Zavaleta, quien llamó a

¹⁴ E. P. Thompson, *Tradición, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, Barcelona, Ed. Crítica, 1979.

los latinoamericanos a descubrir los horizontes de visibilidad que cada sociedad establece en las distintas etapas de su historia, a comprender el modo en que los enfrentamientos sociales se expresan de manera sintética en el Estado y hasta dónde las amenazas de ruptura contienen el germen de cambios profundos en las relaciones colectivas.

La idea misma de la totalización o intersubjetivización general es algo que no está nunca adquirido para siempre y así la nación puede existir más en el seno de un proyecto o pronóstico colectivo que en el medio de una homogeneidad exhausta y por lo demás, incluso lo que se ha hecho general, tarde o temprano tiende a convertirse en el símbolo conservador de lo particular. La intersubjetivización debe así reproducirse de manera constante.¹⁵

Los límites de la acción colectiva no pueden, por tanto, fijarse de antemano, sino que son parte de una compleja y constante negociación colectiva, cuyos resultados son necesariamente temporales, pero que tienden a establecer relaciones con la autoridad basadas en la experiencia y en la capacidad efectiva de los sujetos sociales a quienes involucra. Así lo consideró el ya citado Barrington Moore, quien sugirió que

Lo que ...sucede es la continua indagación, por parte de los dirigentes y de sus súbditos, para encontrar cómo salirse con la suya, es decir, que ponen a prueba y descubren los límites de la obediencia y la desobediencia, límites que nadie sabe cuáles son exactamente, hasta que los descubre por la experiencia, si bien ambas partes pueden anticiparlos con bastante exactitud. Cuanto más estable es una sociedad, más pequeño es el espectro dentro del cual tiene lugar esa prueba y ese descubrimiento. Cuanto menos estable es la sociedad, más amplios y más difusos son los límites. Pero siempre hay límites, pues de lo contrario, no habría sociedad.¹⁶

Si la indagación de los límites y las posibilidades de las relaciones colectivas con la autoridad es compleja y está oscurecida por múltiples mediaciones, es en las crisis que ella adquiere un sentido profundo, ya que, al decir de Zavaleta, ellas son "instantes anómalos en la vida de una sociedad... en que las cosas no se presentan como son en lo cotidiano y se presentan en cambio como son en verdad".¹⁷ Particularmente en ellas, con la irrupción violenta y abierta de los sujetos sociales en un esfuerzo dramático por conquistar espacios negados hasta

¹⁵ René Zavaleta Mercado, *Lo nacional-popular en Bolivia, México, Siglo XXI*, 1986, p. 27.

¹⁶ Barrington Moore, *op. cit.*, p. 30.

¹⁷ René Zavaleta, *op. cit.*, p. 21.

entonces, nos es asequible el conocimiento de esa lógica, del estado de esa indagación profunda a que hacían referencia los autores mencionados.

...la crisis actúa no como una forma de violencia sobre el orden de la rutina sino como una aparición patética de las puntas de la sociedad que, de otra manera, se mantendrían sumergidas y gelatinosas.... es en la crisis o su equivalente (la instancia de intensidad) donde se puede ver en sus resultantes o síntesis, pues se trata de la única fase de concentración o centralización, a una formación que de otra manera no aparece sino como un archipiélago.¹⁸

A ello nos vemos convocados con el estudio de las formas extremas del quehacer político, que revelan tanto la factibilidad de un orden como los procedimientos activados para su destrucción. Los grados y formas de la violencia, particularmente de la violencia política, no son por tanto meras expresiones de subjetividades aisladas y en conflicto, sino manifestaciones del grado en que se ha construido y está en vías de modificarse el conjunto social.

Métodos y fuentes de estudio de la violencia política

La peculiaridad del funcionamiento de sociedades fuera de los esquemas tradicionales y de las normas escritas es una de las características del conocimiento de nuestra región, sobre todo hoy en que el principio de exclusión se ha convertido en el hecho que regula la vida de las mayorías. En esa condición, se hace todavía más urgente recoger el estudio de esas corrientes subterráneas que cruzan –sin ser detectadas por los observadores superficiales– las polaridades presentes en nuestra historia contemporánea. Historiadores y científicos sociales como los señalados indicaron las dificultades del conocimiento de estos hechos de masas cuya lógica no es captable de acuerdo a métodos restringidos de investigación. Al respecto, es útil recordar las apreciaciones de Georges Rudé, respecto a las condiciones del estudio de las multitudes en las sociedades francesa e inglesa del siglo XVIII:

Es evidente que no podemos permitirnos negar las fuentes tradicionales, el material corriente de los historiadores: memorias, correspondencia, folletos, periódicos nacionales y provinciales, informes y expedientes parlamentarios, las actas e informes de los gobiernos locales y las organizaciones políticas y los descubrimientos previos de otros historiadores, cronistas y anticuarios. Sin embargo, aun cuando tengamos la paciencia de consultar todos estos

¹⁸ *Ibid.*

documentos ellos no pueden llevarnos demasiado lejos, porque a menudo tenderán a presentar la cuestión exclusivamente desde el punto de vista del gobierno, la oposición política oficial, la aristocracia o la clase media más próspera; en resumen, desde el ángulo de los grupos y clases más elevados que aquellos a los cuales los participantes de la muchedumbre pertenecerán en general... para indagar sus motivos y su conducta, tendremos que confiar en otros materiales. Estos pueden incluir la policía, la prisión, el hospital y los archivos judiciales; los papeles y libros del Ministerio del Interior..., padrones electorales; archivos notariales; registros parroquiales...; archivos de la asistencia pública; tablas de precios y salarios; censos...¹⁹

La traducción contemporánea de semejantes prevenciones incluye los testimonios y memorias, los documentos visuales, los informes policíacos y de inteligencia, los recuentos hechos por asociaciones civiles y de derechos humanos, y todas aquellas manifestaciones culturales –incluidos los graffiti– que expresan reacciones colectivas o individuales ante la violencia o la amenaza de su uso en circunstancias críticas. No obstante, la corriente mayoritaria de la investigación social tiende a buscar en las formas tradicionales de expresión –aquellas establecidas por el sistema político– las explicaciones del comportamiento político de masas y su contraparte, el espacio de acción gubernamental.

La condición subterránea y frecuentemente oculta de víctimas y beneficiarios del sistema de exclusión social y política actual en América Latina obliga a los estudiosos a un esfuerzo adicional, que tiene que ver con el descubrimiento de la dinámica profunda, el lenguaje y los medios de la vida colectiva. Entre otros, el territorio de la violencia se nos ofrece como privilegiado para comprender las tendencias, alcances y limitaciones de los sujetos sociales y políticos; mas también constituye un medio complejo que permite el contraste entre lo que ellos declaran como objetivos explícitos, el contenido verdadero de su actuación social, y los resultados de las confrontaciones en que se involucran. Es, creemos, únicamente en el intercambio de informaciones a estos tres niveles que puede llegarse a conocer el grado de tolerabilidad colectiva a una situación determinada, así como la disponibilidad efectiva a realizar cambios. Los resultados de semejante ejercicio suelen ser sorprendentes.

Mayo de 1994

¹⁹ George Rudé, *La multitud en la historia. Los disturbios populares en Francia e Inglaterra 1730-1848*, México, Siglo XXI, 1971, pp. 20 y 21.